

Javier Sagarna

Nuevas aventuras de Olsson y Laplace



menos**cuarto**

*Para Mariana,
de principio a fin.*

SALVAR EL MUNDO

La gloria

Una línea sobre Olsson, otra sobre Laplace. Eso es todo lo que publica *El Herald*o. Y no es que les decepcione —Olsson se ha comido dos desayunos completos y ahora está en plena sesión de pesas y Laplace anda emboscado en uno de sus libros, sentado en la terraza, en la gloria con el fresco de la mañana—, pero a quién le hubiera molestado algo más.

Es así, ya están acostumbrados.

Fuera, la gente se afana en sus quehaceres y nada —una línea, dos, eso no es nada— sabe de ellos.

Dentro, pesas y libros, Magnus Olsson y Philippe Laplace se preparan para salvar de nuevo el mundo.

La muerte de Cleopatra

Un puñado de arena se escapa con facilidad entre los dedos de la mano. De un golpe se agarran diez mil, quizás cien mil diminutos granos de arena, pero basta entreabrir los dedos para que fluyan a reunirse en la inabarcable inmensidad de las dunas del Sahara. Incluso los pocos restos que permanecen en la palma, ya completamente abierta, vuelven al desierto cuando Laplace, exasperado, se los sacude de un manotazo contra el pantalón. La arena escapa, pero no resulta fácil huir de ella; ocho meses atrapados en ese maldito oasis sobran para convencer a cualquiera. «Ocho meses y tres días, exactamente», se dice Laplace. Y se deshace en lágrimas aferrado al fusil.

Le pasa a menudo en su turno de guardia. Durante meses ha hecho las guardias con verdadera pasión, no como ese bruto de Magnus, que simplemente se cuadra y abre los ojos. No, él tiene sentimientos y durante todo este tiempo ha escrutado el horizonte con furia, con rabia, con denuedo, implorando un cambio al perfil inmutable de las dunas: un indicio, una silueta, un came-

llo, un todoterreno si pudiera ser. Pero nada y nada y nada y nada, así ocho meses. Dan ganas de morirse, la verdad.

Y el animal de Magnus tan contento, como si el oasis —nada espectacular, por otro lado: una breve laguna de aguas limpísimas y el palmeral que la circunda, la única sombra en mil kilómetros de sol y arena hacia cualquier lado que uno mire—, como si esta estúpida cárcel verde plagada de víboras cornudas, fuera el Paraíso. Sería injusto decir que Magnus no hace bien sus guardias. No puede decirse que no otee el horizonte con seriedad, con interés incluso, como un contable rubio y competente, pero Laplace no le ha visto ni un gesto de disgusto desde que (asusta pensarlo: hace ya ocho meses) su avioneta capotara y tuvieran la inmensa fortuna —así se lo pareció entonces— de encontrar el oasis cuando estaban a punto de morir de sed.

Magnus, Magnus... desde su atalaya lo oye chapotear en la charca.

Desde el principio, el muy bestia ha estado en su salsa. Construyó la cabaña con hojas de palma, organizó la recolección de dátiles y hormigas y los turnos de guardia, dispuso la red de cepos para atrapar los lagartos y ratones que completan su dieta y, desde el primer día, se pasa media mañana en la charca, haciendo largos y poniéndose como un toro. ¡Menudo cafre! No hace ni tres días que despachó a cuchilladas al leopardo que se le echó encima mientras hacía flexiones. Les gustan los monos a los leopardos y Magnus, tan rubio, debió de parecerle imponente y apetitoso. Es pensar en el gran

gato destripado y se deshace en lágrimas. Y es que por mucho que otea, solo el viento peina las crestas de las dunas, levantando aquí y allá pequeños torbellinos de polvo.

Magnus puede vivir aquí, pero él no, piensa Laplace, un espíritu sensible como el suyo, cultivado, se marchita entre arena y barbarie. El viento ardiente y seco le cuarteja la cara, los dátiles le descomponen y el croar nocturno de las ranas y el fresco del rocío al amanecer lo llenan de melancolía. Por no hablar de las víboras cornudas. No puede, no soporta las dunas eternas, imperturbables, infinitas mire hacia donde uno mire, campo de juegos del sol y el viento. Ni un alma, ni un vestigio, de nada sirve mirarlas con deseo, de nada sirve la pasión. El desierto, el puto desierto. Casi dan ganas de aprovechar que Magnus debe de estar vistiéndose —ya va siendo hora, si la costumbre no le engaña— para quitarle el revólver y meterse en la cabeza una de las dos balas que le quedan. Es suficiente con una de las dos. O, mucho más fácil, arrimar la mano a una de las víboras (ahora mismo, a un par de metros, una de esas serpientes sale del desierto y se interna sinuosa entre los hierbajos del oasis, camino de la charca), arrimarle la mano o apretarla contra el pecho. «La muerte de Cleopatra», se dice Laplace, «tal vez sea mejor que esta espera sin esperanza». En estos pensamientos —y en otear el horizonte amarillo con desesperación— se le han ido de nuevo, una tras otra, las horas de su turno de guardia.

Magnus debe de estar al caer, hace un rato que no oye sus chapoteos en la poza; en cualquier momento

aparecerá entre las palmeras. Se levanta y lo ve venir, como quien va a la oficina, con las manos en los bolsillos y canturreando en sueco. Se cruza con la serpiente y la devuelve al desierto de una patada. Laplace la ve pasar sobre su cabeza, descoyuntada como un sacacorchos roto.

—Mira que eres —le sale cuando el otro llega a su lado.

—¿Novedades?

Laplace se desespera, la pachorra de Magnus le pone negro, no lo puede evitar.

—Arena, arena, solo arena.

Como hay confianza, no se preocupa de que las lágrimas le fluyan rostro abajo.

—No deberías llorar. No de guardia.

—¡Qué más da! —estalla Laplace—. ¡A quién le importa! No creo que a los chacales les vaya a molestar. Dame una sola razón por la que sea importante, una sola.

Se diría que Magnus casi sonrío, una sonrisa fugaz que, con algo de imaginación, incluso se podría calificar de aviesa.

—Tal vez por eso —acaba por decir. Y señala la duna del fondo, la que marca el horizonte, la que Laplace lleva toda la mañana vigilando. La duna está ahí, donde la dejó antes de que Magnus lo distrajera, bajo el sol inmisericorde del mediodía, batida por el viento que levanta pequeñas nubes de polvo dorado. Pero sobre su cresta se perfila ahora, inconfundible, la silueta de no menos de diez camellos en caravana, cada uno cargado con fardos y cajas, cada uno guiado por un tuareg. A

pesar de la distancia, distingue a la perfección sus anchos ropajes azules. Laplace se tambalea y luego, directamente, se cae de culo.

—Salvados —dice. Luego grita—: ¡Salvados!

Y salta y brinca y bailotea, y se abraza a Magnus que se ha quitado la camisa y la agita sobre su cabeza. Pero la caravana está lejos y sigue su camino, indiferente.

—No nos ven —solloza Laplace—, no nos ven.

Entonces escucha el disparo. Es un estampido seco que se ensancha en el aire y frena a la caravana. Ahora sí los han visto, ahora cambian el rumbo y, sinuosa sobre las dunas, la caravana se dirige a su encuentro.

Laplace alza los brazos al cielo mientras, a su lado, Magnus guarda calmosamente el revólver. Se abrazan, Magnus casi le devuelve el abrazo. Luego bajan hasta la cabaña.

—*Vive la civilization!* —se exalta Laplace.

En un momento pliega su hamaca y el otro par de pantalones, se calza las viejas botas, derriba a patadas una de las paredes de la choza de hojas de palma y hasta se lava la cara y se peina un poco con el agua de la charca. Solo cuando se vuelve hacia Magnus y lo ve tan pancho, apoyado en una palmera y con esa cara, comprende, ¡vaya si comprende!

—¡Ah, no! —dice mirándole con furia—. No, no, no, no. ¡No!

Y la emprende a golpes con el pecho de Magnus que apenas se inmuta.

Cuando llega la caravana, Laplace ya está mucho más tranquilo; aun así es Magnus quien negocia con los

tuaregs. Laplace juraría que les habla en sueco, pero, sea como sea, ellos le entienden y sonríen —unas sonrisas, estas sí, se diría que un tanto aviesas— y acaban por asentir con vehemencia cuando Magnus les tiende los dólares —todos, si no se engaña, se los ofrece todos— que pudieron salvar del accidente. Luego se quedan allí, oscuros e indescifrables bajo sus turbantes azules.

—Tombuctú —dice simplemente Magnus.

Pero cuarenta días de marcha no van a desanimar a Laplace.

—Voy a estar mucho mejor con ellos —responde.

Se sube a un camello, cruza el palmeral y se adentra unos metros en el desierto. Solo entonces se vuelve. Magnus, tan rubio y grande, está de pie justo en la linde del oasis, con las palmeras de fondo.

—Si pareces un Tarzán —le dice en un último intento.

Magnus le mira y mira el horizonte. Por un segundo. Luego levanta la mano despacio, en un saludo, una despedida. Laplace resopla, pero al fin se resigna.

—Cuidate —dice.

Por toda respuesta, Magnus agarra de un manotazo una de las serpientes que trepaba por el tronco de una palmera y, de un tirón, le quiebra el espinazo.

—Estaré bien.

—Eres... —comienza Laplace.

Pero Magnus ya se ha ido y, enseguida, mientras azuza al camello para que no se le marche la caravana, Laplace escucha el chapuzón. Ya no se detiene. Ni siquiera gira la cabeza. Sigue a la caravana en su serpen-

teo entre las dunas y, en cuanto el oasis se pierde de vista, ya solo hay arena —mil kilómetros de sol y arena hacia cualquier lado que uno mire— y los ojos torvos e inescrutables de los tuaregs.